

La escritura de la historia. Regiones inasibles de la cotidianidad y la memoria*

Miguel Ángel Maldonado García**

Resumen

La investigación histórica incursionó desde el *giro lingüístico* producido a mediados del siglo pasado en el análisis de la memoria y el olvido; la escritura y la oralidad; tiempo y espacio y otras variables antes insospechadas. La tensión tejida entre la oralidad y la escritura como representación histórica es el eje sobre el cual gravita el presente ensayo.

Palabras clave

Lenguaje, memoria, olvido, escritura, oralidad, tiempo, espacio, historia.

* El presente ensayo, con algunas modificaciones, es el resultado del ejercicio realizado por el autor en el Seminario "Historia, memoria y olvido: los hilos sutiles de la experiencia humana" coordinado por la Doctora Martha Cecilia Herrera en el II semestre de 2006, evento del Doctorado Interinstitucional de Educación de las Universidades Pedagógica Nacional, del Valle y Distrital de Bogotá.

** Licenciado en Lingüística y Literatura de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, con Especialización en Investigación en Ciencias Sociales de la Universidad Pedagógica y Maestría en Educación de la Pontificia Universidad Javeriana, especializado en diseño curricular y en educación para el trabajo, modelo de competencias laborales, en el país vasco. Estudiante del Doctorado en Educación Convenio Interinstitucional Universidades Pedagógica Nacional, del Valle y Distrital de Bogotá. Director del Centro de Investigaciones de la Universidad de San Buenaventura, Bogotá.

Summary

The historical research incurred, since the linguistic twist that took place in the middle part of last century, into the analysis of memory and oblivion, writing and speaking; time and space and other variables, that were unsuspected before. The crucial issue between writing and speaking is the focus of the present essay.

Key words

Language, memory, oblivion, writing, speaking, time, space, history.

Escribir, hablar o pensar la historia es un asunto que con el devenir de la investigación histórica cada día resulta más complejo pues en esta labor entran en juego la memoria y el olvido; la escritura y la oralidad; tiempo y espacio y otras variables que muchas veces ponen en entre dicho la verdad histórica. La forma como Ricoeur se desplaza por los vericuetos de *la memoria, la historia y el olvido* genera toda suerte de posibilidades a quienes hacemos el recorrido con él. El tejido entre la oralidad y la escritura como representación de la historia será la ruta sobre la cual transitará el presente texto que consta de tres partes: primera, una introducción muy breve; segunda; una conversación con Paul Ricoeur y Michel Foucault a propósito del tratamiento del lenguaje; y, tercero, mi reflexión sobre la producción historiográfica leída en el plano de la literatura.

Introducción

Varios de los textos de filósofos europeos como Tzvetan Todorov (1939), Paul Ricoeur (1913-2005) y Maurice Halbwachs (1877-1945)¹, enfatizan sobre cómo la historia ha estado matizada

¹ *Los abusos de la memoria* (Todorov), *La memoria, la historia, el olvido* (Paul Ricoeur) y *La memoria colectiva* (Maurice Halbwachs).

por las tensiones entre memoria colectiva e individual, oralidad y escritura, memoria y olvido, relato y documento, tiempo y espacio, entre otras disyuntivas que permiten observar cómo algunos métodos empleados por la historia en el siglo XX han estado signados por el lenguaje. Estas tensiones evidencian la hegemonía racionalista cartesiana que abandonó todas aquellas expresiones del saber que no pasaran por el lenguaje matemático, prescriptivo y positivo con el cual pudieran escribirse *documentos científicos*. Los relatos y otras expresiones del lenguaje informal no tenían cabida en el escenario científico; sin embargo, a partir del holocausto provocado por los nazis contra el pueblo judío, las formas de producir y observar las ciencias sociales, y entre ellas la historia, sufren cambios substanciales. En el siglo XX, en todos los rincones de Europa, las ciencias positivistas, incluidas algunas versiones de la historia, mostraron su flaqueza e incapacidad comprensiva ante la barbarie, así lo denuncian los autores en referencia.

Los tres investigadores señalados observaron la cara del horror, fueron víctimas o testigos oculares, y a partir de allí fundaron un nuevo sentido de la historia o, al menos, produjeron una epistemología útil no sólo para la historia sino en general para las ciencias sociales. La idea fuerza de este documento cabalgará sobre la relación y tensión entre representación/narración que es parte del capítulo segundo titulado *Historia. Epistemología*, del libro *La memoria, la historia, el olvido* (2004). Me valdré de esta perspectiva para analizar ciertas formas como los acontecimientos toman cuerpo en la historia para lo cual Ricoeur propone el término *representación historiadora* y que yo invito a observar como una expresión de la literatura.

Dos consideraciones, que oscilan entre *verdad y método*, motivan mi decisión. La primera: Ricoeur alcanzó a analizar la producción de sus dos contemporáneos, Todorov y Halbwachs, con una perspectiva interdisciplinaria (histórica, filosófica, antropológica, lingüística, política y, valga decirlo, con cierto dejo *judaico cristiano*)

lo cual nos ofrece una síntesis de partida y nos permite situarnos y situarlo. Además, Ricoeur muestra un panorama crítico envolvente y transita desde los griegos hasta la posmodernidad; así como cuestiona los campos de concentración nazis también señala lo represivo del régimen estalinista. La segunda consideración: siempre me ha atraído el modo como el lenguaje moldea, a veces a su pesar, las distintas disciplinas sociales: vale decir, es imposible escaparse al *giro lingüístico*. Este cisma de mediados del siglo pasado ha provocado toda clase de tensiones entre el lenguaje escrito y el oral, entre los pueblos con escritura y los ágrafos, entre las personas letradas y las iletradas; es decir, entre quienes tienen voz y los silenciados por el olvido. En fin, estas dos consideraciones no son inocentes, los textos en mención tampoco lo son.

Mi planteamiento es que Ricoeur no propone una *operación historiográfica* sino un método para la producción de textos coherentes, o lo que es igual, verdaderos para los lectores en busca de certezas; su búsqueda conduce al orden del texto y a la calidad argumental del mismo; propuesta cuyo énfasis nos acerca a la estética y a la persuasión del lector. Además, Ricoeur no logra despojarse del predominio del texto escrito, práctica usual de las ciencias sociales.

Claro, no me atrevo a desdibujar la erudición de quien plasma la historia, la literatura, la filosofía y otras suertes disciplinares en un solo texto. Sólo descubro el enorme riesgo al que se expone quien ingresa al laberíntico mundo de la literatura y la historia en busca del anhelado método sin un ovillo de regreso. Mi intención es mostrar que la historiografía es una disciplina que desemboca en formas de escritura como el relato, el cual se pega irreparablemente cual lapa a la literatura, formando un tejido cromático de cuyos tintes es muy difícil establecer su procedencia. La razón es que la sustancia de ambas es el lenguaje y éste suele ser caprichoso y esquivo: si lo atrapan en el formalismo de la denotación, el argumento y la hipótesis suele expresarse en el terreno de las ciencias naturales, pero si lo dejan en

libertad suele ubicarse en el terreno de la connotación, la metáfora, la creatividad y el arte, tan caros a la fantasía y a la memoria. Ricoeur, Todorov, Michel de Certeau y otros tantos nos alertan al respecto y nos invitan a sospechar sobre las diferencias entre literatura y ciencia que algunos remarcan. ¿Hay más fantasía en *El general* de Gabo que en los miles de *Bolívar* escritos en diversos idiomas y épocas? ¿Consulta a Mateo, Pablo, Lucas o a Juan para saber cuál es el verdadero Jesucristo? ¿Los libros de Alfredo Molano se han de poner en el anaquel de la literatura o de la historia? Veamos esta idea *in extenso* de un gran creador de textos de *lo sin límites*:

Quizá debería dedicar unas palabras a la historia de los libros. Hasta donde puedo recordar, los griegos no hicieron demasiado uso de los libros. Es un hecho evidente que la mayoría de los grandes maestros de la humanidad no fueron escritores sino oradores. Pienso en Pitágoras, Cristo, Sócrates, el Buda y otros. Y, puesto que he hablado de Sócrates, me gustaría decir algo sobre Platón. Me acuerdo de que Bernard Shaw decía que Platón fue el dramaturgo que inventó a Sócrates, así como los cuatro evangelios fueron los dramaturgos que inventaron a Jesús. Esto podría resultar excesivo, pero encierra cierta verdad. En uno de los diálogos, Platón habla sobre los libros de manera un tanto despectiva: «¿Qué es un libro? Un libro parece, como una pintura, un ser vivo; pero, si le hacemos una pregunta, no responde. Entonces vemos que está muerto». Para convertir al libro en algo vivo, Platón inventó –felizmente para nosotros– el diálogo platónico, que se anticipa a las dudas y preguntas del lector (Borges, Jorge Luis, 2001, *Arte poética*, p. 21 y 22).

Remedios venenosos

Ricoeur, por su parte, secciona con la finura del esteta el escenario de la creación histórica; indaga cómo es que la historia se bifurca entre las representaciones y las mentalidades. Prefiere las representaciones porque la historia de las mentalidades puede conducir a estudios económicos o políticos de lo macro o colectivo sobre lo cual insistió tanto la historia de los *anales*: esta decisión lo compromete con el relato o lo que es igual con la literatura. Sin embargo, cae en

su propia trampa y resbala en la ironía señalada en el preludio de su portentosa obra, veamos: “hablaré, al modo de Fedro de Platón, del nacimiento mítico de la escritura de la historia...” (*Ibid.*, p. 183). Luego se pregunta “¿Este desentendimiento va dirigido también al pharmakon del mito? Es lo que no se dice. No se sabe si el discurso filosófico es capaz de conjurar el equívoco de un remedio del que nunca se sabe si es un bien o un veneno”. Establece entonces su paradoja: “¿Cuál sería entonces el equivalente de esta situación indecisa para nuestro intento de transposición del mito del Fedro al plano de las relaciones entre memoria e historia escrita?”. (*Ibid.*, p.187).

Como bien lo sabemos, Ricoeur apela a la filosofía griega, sobre ello haré las siguientes analogías: La memoria viva es a un hijo legítimo como el texto escrito es a un ilegítimo; el hijo legítimo es a la historia erudita como el hijo ilegítimo es a la memoria historiográfica. Lo irónico es que sus planteamientos lo atrapan; cabe preguntarse: ¿su operación historiográfica es remedio, veneno o ambas cosas?

La hegemonía de lo escrito sobre lo oral

Desde el surgimiento de la escritura y luego, con la aparición de la imprenta, la cultura occidental desplazó la oralidad, privilegió las formas escritas, no sólo en la historia sino en todas las disciplinas. En Colombia, por ejemplo, sólo hasta hace un par de años lo oral empieza a ser visible; por años, la enseñanza aprendizaje del lenguaje se desarrolló dando cumplimiento a normas gramaticales establecidas por los escritores clásicos o por la Academia de la Lengua Española (advierto que aún hay profesores que persisten en esta práctica) para quienes la riqueza de la lengua no está en el uso cotidiano sino en los libros. Esta *falacia lingüística* instauró prácticas en la educación y también en la investigación. En consecuencia, el lenguaje oral es considerado como el hermano menor de la escritura; lo sorprendente es que esta misma idea reine, de una u otra forma,

en ciencias sociales como la historia. ¿Podríamos entonces hablar de la *falacia de la historia*?

En su largo viaje, Ricoeur regresa a Grecia y encuentra que desde Sócrates, –quien no dejó escrita obra alguna– quedó la duda si la escritura es un fármaco o un veneno para la historia. La duda que recrea Ricoeur se instala en el tránsito entre la acción o acontecimientos y el proceso escritural, evento sobre el cual cabe hacer las siguientes preguntas: ¿La coherencia y la estética a las cuales apela Ricoeur pervierten el acontecimiento? ¿Qué queda de un acontecimiento en el texto escrito? ¿El escritor modifica la sustancia de las cosas? ¿Cómo intervienen las coordenadas de tiempo y espacio en la producción textual? ¿El testimonio oral es igual al archivo?

Luego de varios años de trabajo y diversas publicaciones², Ricoeur identifica, al tenor de Michel de Certeau, que una investigación en historia u *operación historiográfica* pasa por tres fases que no son lineales o consecutivas, éstas son: *la documental, la explicativa/comprendida y la representativa*. En cada etapa, al igual que en el plano jurídico, el testimonio es objeto de trabajo del historiador; centraré aquí mi atención, especialmente en la *fase representativa* o escritural. En el desarrollo de su propuesta ahonda en el relato cuyos fines son persuadir al lector de la validez y armonía de una historia. Es decir, a pesar de su intención de escapar del positivismo de los *Annales*, en su trabajo sobre la escritura del relato propone estrategias que lo devuelven a los diversos modos de argumentación propios del racionalismo cartesiano. Esta afirmación la sustentó en que, antes de que Ricoeur explorara esta *metodología*, la lingüística había abordado diversas tipologías textuales, para ofrecer interpretaciones sobre el proceso que opera en el tránsito entre un acto y una emisión lingüís-

2 Además para este texto, para los propósitos de este texto, destaco dos: *Tiempo y narración* (1985) y *Autobiografía intelectual* (1995).

tica. *Coincidentalmente* nuestro autor hace una propuesta semejante a la de Teun van Dijk a quien, ¡oh! paradoja, olvida señalar *La memoria, la historia, el olvido*.

La operación historiográfica en la perspectiva de Ricoeur

Al igual que Todorov y Halwach, Ricoeur observa que los testimonios de los sobrevivientes del Holocausto habrán de convertirse en los textos de la historia. Así, una vez los hechos históricos se han convertido en testimonios o archivos pueden ser sometidos a procesos de falsación o verificación según la legitimidad de los mismos. Al respecto, señala Ricoeur que la opción para reducir las tensiones y relaciones es observándolos desde la perspectiva entre explicación/comprensión; es decir, en la relación y dependencia del por qué (*pour quoi*) y el porque (*parce que*). Esta búsqueda, a su vez, lo transporta a las escalas propuestas por Braudel, quien estudia la intervención del tiempo y el espacio, (el tiempo configura la trama; el espacio construye lo geográfico) en este proceso distingue tres factores o variables: a) la naturaleza específica del cambio considerado (económico, político, cultural, etc.) b) la escala en relación con la cual es aprehendido, descrito y explicado, y c) el ritmo temporal apropiado a la escala correspondiente.

En su avance, Ricoeur observa que la memoria puede ser observada en su sistema bipolar o binario, desde las *representaciones* o las mentalidades; opta por la primera en tanto que el lenguaje o los *símbolos* le sirven de herramienta de trabajo. En esta decisión transita por la vía de los símbolos de la escritura y la oralidad. Avancemos entonces en los planteamientos de Ricoeur:

La hipótesis que guía los análisis que siguen concierne al lugar de la narratividad en la estructura del saber histórico. Consta de dos vertientes. Por un lado, se admite que la narratividad no constituye una solución alternativa a la explicación/comprensión, a pesar de lo que curiosamente concuerdan en afirmar los adversarios y los defensores

de una tesis que, para decirlo rápidamente, he propuesto llamar narrativista. Por otro, se afirma que la construcción de la trama constituye sin embargo, un auténtico componente de la operación historiográfica, pero en otro plano distinto del de la explicación/comprensión, en el que compite con los usos del “porque” en el sentido causal o incluso final (*Ibid.*, p. 311).

Ricoeur muestra sus cartas: hay dos bandos entre los historiadores, uno es el de los *Narrativistas* y otro el de los *Annales*: la disputa es entre quienes albergan pretensiones de validez científica en el relato y entre quienes lo invalidan; entre quienes acuden a los acontecimientos singulares contra quienes observan sólo eventos políticos y sociales de gran envergadura y largo aliento; la historia universal contra el relato; la micro y la macrohistoria. Hace la imputación de que la historia del siglo XX ha estado influida por el marxismo, la economía, el estructuralismo y la sociología, las cuales dan cuenta, especialmente, de la macrohistoria y otra escala es la microhistoria menos pretenciosa y estaría más cerca de la literatura. Por esta razón, Ricoeur diseña un método mediante el cual el historiador pueda interpretar y ordenar los discursos orales y escritos.

Entre tanto, Foucault, maestro del rigor y la sospecha, crea su propio sistema de interpretación de textos, funda la *arqueología del saber* y se lanza en contra de cualquier estrategia de análisis formal. Sin embargo, en su afán de originalidad, da señales estructuralistas pues afirma que un discurso está más cerca de *un sistema*, bien sea social de pensamiento o de ideas. Él, como Nietzsche o Heidegger, navega *más allá del bien y del mal*. Cuestiona sin reserva a la *historia de las ideas* y aguza su vista sobre las rarezas, las discontinuidades, las emergencias, las inclusiones y exclusiones y otra suerte de sorpresas que impiden su captura. Se resiste a pensar que su propuesta esté en el estructuralismo o neoestructuralismo, aunque en la *Arqueología del saber* apela de modo recurrente a categorías derivadas de estas disciplinas, tales como: texto, discurso, enunciado, documento, conceptos, unidades del discurso, estructura o función.

Al igual que Ricoeur, Michel Foucault, en *La arqueología del saber*, cuestiona el apego de la macro historia a lo económico o lo político. Desde hace décadas, denuncia:

La atención de los historiadores se ha fijado preferentemente en los largos períodos, como sí, por debajo de las peripecias políticas y de sus episodios, se propusieran sacar a la luz los equilibrios estables y difíciles de alterar, los procesos irreversibles, las regulaciones constantes, los fenómenos tendenciales que culminan y se invierten tras las continuidades seculares, los movimientos de acumulación y las saturaciones lentas, los grandes zócalos inmóviles y mudos que el entrecruzamiento de los relatos tradicionales había cubierto de una espesa capa de acontecimientos (1976: 3).

Por supuesto, la microhistoria tampoco escapa a los juicios del implacable Foucault: “Por detrás de la historia atropellada de los gobiernos, de las guerras y de las hambres, se dibujan unas historias, casi inmóviles a la mirada, historias de débil declive”, como él las llama: “historias de las vías marítimas, historia del trigo o de las minas o de las minas de oro”, (*Ibid.*, p. 4) entre otras historias. Cuestiona las formas de periodizar, la búsqueda de relaciones de causa efecto, las unificaciones, divisiones o aislamientos propios de la micro o la macrohistoria. Foucault se interesa más por las discontinuidades y las interrupciones; es reacio a la interpretación o la construcción de continuidades: hay una lógica de la no razón que, desde mi punto de vista, está más cerca de la estética que de la ciencia. Sin embargo, su estrategia para el análisis del discurso es altamente creativa y ha facilitado mirar la emergencia de ciertas prácticas sociales sobre las cuales se fundan expresiones de poder o dominios disciplinares tales como la medicina, las ciencias jurídicas y la educación, entre otros.

La coherencia narrativa del relato

Ricoeur, con el ánimo de validar el relato como sustancia importante de la historia, acude al concepto de *coherencia narrativa*, sobre lo cual hace tres observaciones:

En primer lugar, la definición propiamente narrativa del acontecimiento que habrá que integrar posteriormente en las definiciones que se dieron en el plano de la explicación. En el plano narrativo, el acontecimiento es lo que, al sobrevenir, hace avanzar la acción: es una variable de la trama (...) Existen, si se puede hablar así, acontecimientos de larga duración (...) : el Renacimiento, la reforma, la Revolución Francesa son tales acontecimientos en relación con una trama multiseccular (p. 317).

Esto es, con una narración coherente se pueden explicar los acontecimientos que son variables de la trama, incluidos los de *larga duración*.

Segunda implicación: en la medida en que los personajes del relato se configuran en una trama al mismo tiempo que la historia narrada, también la identificación narrativa, correlativa de la de *coherencia narrativa*, es susceptible de notables transcripciones en el plano histórico. La noción de *personaje* constituye un operador narrativo de igual amplitud que la de *acontecimiento*; (los subrayados son míos) los personajes son los actuantes y los sufrientes de la *acción* narrada (p. 318).

Identifica así que es preciso tener en cuenta un ingrediente para que se dé coherencia narrativa en el relato: los personajes.

La tercera implicación, sugerida por la Poética de Aristóteles, concerniría a la evaluación moral de los personajes, mejores que nosotros en la tragedia, inferiores o iguales a nosotros en virtud de la comedia (p. 318).

El tercer aspecto que vincula Ricoeur en el relato es de la ética; acude así a un viejo problema explicitado por los griegos. Tenemos entonces tres variables claves –he aquí la fisura por donde penetrar para que el relato sea coherente: el acontecimiento (tamaño y duración), los personajes (víctimas o victimarios) y la ética. Si tomamos los dos primeros, el asunto parece simple: la preocupación de Ricoeur es la “coherencia narrativa” y la “conexión causal o final”; aunque no es categórico, califica al relato como la unidad menor de la historia universal que se resuelve en el plano de las escalas.

Sin explicitarlo, Ricoeur, –al igual que la *pragmática*, la *texto lingüista* y la *gramática generativa transformacional*, invisibles todas en el libro en referencia– da una excelente lección sobre cómo escri-

bir un relato coherente; es decir, que sea creíble o persuasivo y con una estructura narrativa consistente a los ojos del lector. Esto es, sacar los acontecimientos del escenario de lo caótico e incoherente de la oralidad para instalarlo en el plano estructural de lo comprensible y armónico propio de las ciencias: calmar la caótica memoria y la frágil memoria oral con el *pharmakon* de la escritura.

Para Teun van Dijk, (Estructuras y funciones del lenguaje, 1998) quien también abordó asuntos de la memoria, la coherencia es una característica de los textos orales o escritos que están estructurados en unidad integral en función del lector. Su interés no es construir una didáctica de la producción de textos orales y escritos, como suele verse, sino observar el tránsito entre los hechos y las expresiones del lenguaje, las cuales, desde su perspectiva, están matizadas por la memoria y el olvido. Así, el lenguaje es capaz de construir actos del lenguaje con coherencia y significado.

Teun van Dijk, apoyado en las bases de estructuralistas provistas por Claude Levi- Strauss (1962), Vladimir Propp (1928), Julius Greimas (1966), Meter Hartman (1964), Siegfried Smith (1973) –y otros tantos a quienes no mencionaré ni haré referencia por las restricciones propias de este ensayo– en trabajos publicados con más de veinte años de antelación al texto del erudito Ricoeur, exploran sobre el discurso, el texto y otras expresiones del lenguaje que van más allá de la oración o la frase.

Mi propio trabajo en el terreno de la gramática del texto y estudios del discurso ha buscado sobre todo integrar varios métodos y resultados, con una orientación interdisciplinaria (...) Mi propósito fue hacer más explícito el estudio semántico de las relaciones de coherencia y relacionar el discurso con la estructura de los actos de habla y la interacción (...) (Teun van Dijk, p. 16)

En los actos de habla³, el usuario de la lengua va desplegando argumentos para sí mismo o para que un oyente pueda encontrar el significado global de su producción. En su cotidianidad, el usuario produce textos coherentes: esta lógica aprendida en la adquisición de la *competencia lingüística* puede ser aplicada a un ensayo, una narración o a otra tipología textual, incluidos los capítulos que conforman un libro. Todos los hablantes de una lengua, producen miles de enunciados con los cuales se podrían armar *lexicones*. La textolingüística descubre la lógica que opera en el lenguaje oral para hilar entre sí oraciones con oraciones para conformar párrafos, párrafos con párrafos para conformar capítulos, capítulos con capítulos o para conformar grandes relatos. Esta misma lógica la adhiere al análisis de ensayos, cuentos, novelas, relatos y otros textos escritos.

Una central necesaria para ese modelo cognoscitivo, es la de la memoria. En la memoria almacenamos la información que sale de nuestros diversos sentidos. Por varios motivos nos conviene hacer una distinción teórica entre dos tipos de memoria, la memoria a corto plazo (MCP) y la memoria a largo plazo (MLP). A grandes rasgos, es necesaria para la manipulación de la información que requiere de poco tiempo para ser procesada, por ejemplo, cuando queremos comprender sonidos, palabras, frases y oraciones. La información que requiere de más tiempo se almacenará, a la larga en el MLP después de que haya pasado por MCP. (Estructura y funciones del discurso, (Teun van Dijk, 1998, p. 78).

En su búsqueda van Dijk observa que una de las primeras tareas de un modelo de la comprensión del discurso es la de organizar y reducir grandes cantidades de información muy compleja. Después de la interpretación de las frases cláusulas y oraciones esta información es proposicional. Así, la secuencia de proposiciones que se ha asignado

3 Acto de habla o acto elocutivo: clase específica de la acción que se realiza cuando se produce una emisión del habla. Es la unidad mínima de comunicación. El acto de habla se llama ritual (en el análisis del discurso literario) cuando se define en términos de la evaluación de los lectores oyentes. LEÓN GÓMEZ, Jaime Bernal, (1984) *Tres momentos estelares en lingüística*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, p. 271.

a secuencias de oraciones necesita más estructura. Aquí supondremos que el primer tipo de estructura pertinente es la organización de proposiciones en HECHOS (las mayúsculas son de van Dijk) cognoscitivos... Un hecho es una representación cognoscitiva de lo que interpretamos como, en algún contexto, un hecho, por ejemplo, una acción particular, un evento o un estado. (*Ibid.*, p. 81).

Van Dijk propone entonces *un modelo de representación* de estos hechos que está compuesto por las acciones que protagonizan *los agentes* (personas) en *situaciones* marcadas por el *tiempo* y el *espacio* (*Ibid.*, p. 82). Su propósito es diseñar un modelo para observar cómo opera el lenguaje, ver cómo pasa un hecho a la memoria y cómo luego sufre modificaciones, bien sea por el olvido o por el énfasis que se pone en algunas proposiciones por encima de otras. Desde esta mirada, la memoria sólo puede ser observada desde el lenguaje. A la par, fue proponiendo y aplicando su propuesta en los textos literarios mediante la cual pudo descomponer los modos del discurso en la poética, la retórica y la estilística.

Otros lingüistas⁴, con diversos enfoques, verán el discurso y la narración como una estructura verbal, un acto comunicativo, un sentido, una representación mental, un signo, un símbolo o señal. Así, la narración es la expresión formal de acciones protagonizadas por personas ubicadas en un contexto marcado por el tiempo y el espacio; el escritor o narrador o historiador ingresa a la intimidad de los personajes para luego hacer con ello un texto oral o escrito. Por su parte la descripción muestra el aspecto externo de los hechos, observados desde lo sensible: puede haber descripción sin agentes pero no una narración sin ellos. En la descripción no hay acción ni tampoco acontecimientos. En síntesis, una narración es una re-

4 Destaco, entre los más visibles, los siguientes: Leech; M.A. Halliday de la Escuela británica; Zellig Harris de la Gramática estructural americana; y Kenneth Pike y su Tagmémica, entre otros.

presentación del pasado que pasa por el lenguaje y activa la memoria que consta de personajes y acciones ubicados en coordenadas de tiempo y espacio.

Van Dijk pone a prueba su teoría de modo sencillo, observemos:

Por ejemplo, si les damos a algunos sujetos un cuento de varias páginas a leer, e inmediatamente después de que hayan terminado de leerlo les pedimos que recuerden el cuento y que reproduzcan tan precisamente como les sea posible, obtenemos el resultado esperado de que, con la excepción de unas expresiones u oraciones estilísticamente sobresalientes, les es absolutamente imposible reproducirlo... durante el recuerdo inmediato los sujetos apenas pueden reproducir la mitad de las proposiciones del cuento. Si recuerdan tendrán las afecciones que el sujeto desee provocar, en consecuencia la información reproducida nunca será idéntica a la información original (p. 90).

Su trabajo aportó elementos de juicio a otras disciplinas como la antropología, la sociología, la literatura y el cine para observar relaciones entre discursos y género, racismo, estructuras de las lenguas ágrafas, análisis crítico del discurso, diferencias dialectales y sociales, control del discurso lo institucional o canónico, el uso cotidiano del lenguaje⁵. El efecto más visible de su propuesta estructural funcionalista es en la producción textual y, por lo que se puede deducir, en la historia.

Algunas características del lenguaje oral

No obstante que se pueden inferir ciertas características del lenguaje oral desde lo expuesto hasta aquí, considero importante tener en cuenta algunas diferencias entre el lenguaje oral y el escrito,

5 Sugiero consultar las siguientes obras de Teud van Dijk: *Texto y contexto*. Madrid: Cátedra, 1980. *La ciencia del texto*. Barcelona/Buenos Aires: Paidós, 1983. *Las estructuras y funciones del discurso*. México: Siglo XXI, 1981. (Edición, 1995). *La noticia como discurso. Comprensión, estructura y producción de la información*. Barcelona: Paidós, 1990. *Prensa, racismo y poder*. México: Universidad Iberoamericana, 1995. *Racismo y análisis crítico de los medios*. Barcelona: Paidós, 1997; *Racismo y discurso de las élites*. Barcelona: Gedisa, 2003. *Dominación étnica y racismo discursivo en España y América Latina*. Barcelona: Gedisa, 2003.

veamos: primera, el lenguaje oral antecedió al escrito; segunda, existen muchas lenguas ágrafas, sin embargo son ellas las que permiten identificar una cultura de otra y su memoria es portentosa; tercero, existen personas iletradas pero son enteramente competentes en el uso del lenguaje; y, por último, la lengua es ante todo oral o, lo que es lo mismo es doblemente articulada. De estas consideraciones ligeras se desprenden una serie de asuntos vitales para la recuperación de la memoria y para la definición de métodos de trabajo historiográfico y literario.

Para Ricoeur, quien ausculta el asunto de la producción historiográfica desde *Tiempo y narración* (1985) hay dos categorías binarias: estructura y descripción, acontecimientos y relato. Llega allí a partir de la siguiente hipótesis: la estructura, en cuanto fenómeno de larga duración, se convierte por el relato en condición de posibilidad de acontecimiento. Diseña entonces un complejo método que ahonda entre estructura y escalas, tiempo y evento; apela así a las clasificaciones hechas por el estructuralismo lingüístico, especialmente saussuriano y a categorías derivadas de las formas de escribir la historia de Michel de Certeau.

Me cautiva la idea de Ricoeur de que la historia debe estar comprometida con la *defensa del acontecimiento* y que se debe retornar a él. Celebro, además, que señale la fragilidad, flaqueza y lo inconmensurable de los testimonios con los cuales se observa el acontecimiento. Esta línea de fuga me interpela sobre el nexo entre lo fantástico y lo científico. También me hace pensar en el sujeto o personajes artífices de los testimonios que, en contraste con el riesgo del olvido gozan, de un impresionante arsenal para crear verdaderos testimonios e historias.

Posiblemente Ricoeur no alcanzó a explorar algunas facultades que poseen los personajes de sus relatos, pero que también son del dominio de los escritores. Ferdinand de Saussure, a quien hace referencia, tampoco alcanzó a observar ciertas habilidades que una

persona del común suele desarrollar por el mero hecho de ser competentes en su lengua materna.

Sugiero entonces revisar algunas competencias o habilidades de cualquier personaje o hablante oyente (sin limitaciones), con lo cual espero facilitar la comprensión de mis planteamientos.

Las competencias lingüísticas de los protagonistas de la historia

Traigo a colación una serie de manifestaciones en la cotidianidad del lenguaje oral en los cuales se destaca, especialmente, la competencia comunicativa y pragmática a la que me referí en los párrafos anteriores. Leopoldo Wigdorsky (En: Maldonado, M. A. 2006) explora los desarrollos canónicos desarrollados a partir del análisis de Chomsky y presenta ejemplos de **habilidades**⁶ desde este enfoque que, a la sazón, son magníficas evidencias de la competencia lingüística y del capricho del lenguaje oral con los cuales se producen muchos testimonios de la historia, aspectos sobre los cuales usualmente no se hacen reparos desde esta perspectiva. Señalemos algunas.

Habilidad para identificar y elegir dialectos

Wigdorsky, afirma que una *lengua es un conjunto de dialectos, geográficos y sociales, todos ellos aportes valiosos a la capacidad expresiva del idioma*. En general, los hablantes del castellano o el español, emplean un geolecto (variantes geográficas) y un sociolecto (variantes sociales) del castellano. Por esta razón, es viable que para expresar lo mismo un costeño del Caribe colombiano diga: *Qué bollito*, en tanto que un bogotano tipo diga: *Cristina está buenísima*.

6 Un grupo de expertos vienen enunciando el término habilidad en vez de competencia. Ver: Francisca Arbizu Echavarrí (1998); Miguel Zabalza (1997); Arismuño (2000); Ronald Barnett (2001).

Esta misma situación podría presentarse con los cambios generacionales. ¿Qué generación de quinceañeros o de estudiantes jóvenes no ha considerado que sus expresiones no han marcado la pauta?

Habilidad para parafrasear

Los hablantes oyentes disponen de un gran repertorio para expresarse y darse a entender. Por ejemplo, una persona inconforme con su situación podría expresarse, en un contexto particular, contra el neoliberalismo con las siguientes paráfrasis: El neoliberalismo es nocivo para los sectores más pobres/ Los pobres son azotados por el neoliberalismo/ El capitalismo salvaje es muy duro con los más pobres/ El capitalismo es el responsable de la crisis social/

Los hablantes oyentes disponen de dispositivos a los cuales acuden cuando se requiere emplear sinónimos o paráfrasis que les permite participar en roles y juegos lingüísticos diversos. Cuando se utilizan en el lenguaje, oral o escrito, dos niveles de estructura sintáctica gramatical con un mismo significado semántico hay evidencia de su capacidad para hacer paráfrasis o producir dos o más enunciados equivalentes.

Según Wigdorsky, contrastar la habilidad (competencia) adquirida por un hablante oyente en la lengua materna con una habilidad (competencia) lograda con una lengua extranjera es un ejercicio atractivo para los lingüistas pues les permite constatar diferencias substanciales en el uso de las dos lenguas. La conclusión adelantada suele ser que, a menos que se haya vivido y usado muchos años la segunda lengua, difícilmente se podrá parafrasear con la misma fluidez como se hace con la lengua materna.

Esta habilidad hace posible las construcciones poéticas, el hacer y comprender chistes, el empleo de la ironía, la sátira y de otros juegos del lenguaje. El empleo de esta habilidad permite verificar si un niño en pos de su lengua materna o un adulto hablante de una segunda lengua es lingüísticamente competente.

Habilidad para interpretar y crear metáforas

Esta habilidad es de la misma jerarquía que la anterior. Los hablantes oyentes competentes disponen de dispositivos para crear e interpretar metáforas. De modo equívoco se suele pensar que esta habilidad es patrimonio de los poetas: la cotidianidad desmiente tal creencia, puesto que el denominado lenguaje figurado aflora a cada instante en los usuarios de una lengua. Valga como ejemplo los empleos manidos de: Llueve a cántaros/ El cielo está desfondado/ La dulzura de tus ojos/ Me rompiste el alma.

Habilidad para inferir presuposiciones

De la frase /Juanita, dame tu cariño/ se pueden inferir diversas significaciones: alguien desea el amor de Juanita. Juanita no le ha dado su cariño a ese alguien, etc. Esta misma habilidad permite al hablante oyente eliminar o crear ambigüedades. Observemos la siguiente construcción gramatical, que en principio es anómala para el castellano estándar: *La nena está buena.

Para un nativo colombiano esta expresión posee una carga semántica precisa:

/una mujer/una muchacha / una señora/una señorita/ una joven/ es/ o /está / hermosa /linda /bonita/ bien dotada/.

Bien sea en posición de creador o de intérprete lingüístico, el hablante oyente corrige e infiere algunos de estos significados. Con frecuencia, ciertos enunciados resultan vagos o ambiguos pues el usuario de la lengua aplica una o más transformaciones de elisión a la estructura profunda o semántica y ofrece una estructura superficial que a simple vista puede ser anómala. Lo incontrovertible es que quien emplea estas expresiones sabe en qué contexto lo hace, cuándo, por qué y cuál es su pretensión. La estructura profunda pone en

evidencia la intención del hablante que, en esencia, jamás es ambigua ni imprecisa para el usuario.

Habilidad para introducir vaguedades y ambigüedades de modo deliberado

Aunque, como se observó en el ejemplo anterior, las estructuras profundas no son ambiguas para el usuario, éste a su vez, de modo deliberado puede emplear en un evento discursivo dos o más mensajes o proposiciones en un mismo enunciado; citaré un ejemplo de un expositor colombiano, –de cuyo nombre no quiero acordarme– quien calificó uno de los libros más connotados del célebre Gabriel García Márquez:

El amor en los tiempos del cólera es una novelita (...) notable, entretenida y original (...) su lectura resulta agradable (...) El lector culto (...) podrá sacar provecho (...) de este libro.

Quienes asistimos a la dichosa conferencia, pudimos leer que, en su estructura profunda, el atrevido expositor decía lo siguiente: *El amor en los tiempos del cólera* es menos que una novela [con pretensiones de ser] notable, entretenida y original. [Sin embargo], su lectura resulta agradable [sólo a los acostumbrados a la “novela rosa”]. El lector culto [no] sacará provecho [alguno] de este libro [cursi y pretencioso]”. Valga decir que algunos asistentes manifestaron su disgusto abierta y públicamente, otros lo hicieron retirándose del salón, pero en la mayoría quedó el mensaje del expositor muy claro. Este curioso evento comunicativo pone en evidencia no sólo la competencia lingüística del expositor, sino además la de los asistentes.

Habilidad para establecer lazos con estructuras subyacentes

Hace parte de la competencia lingüística (Wigdosrky) de los hablantes de una lengua el saber que las palabras se relacionan entre sí, aun cuando el mismo usuario de la lengua no pueda explicar la razón.

Por ejemplo, sabe de la relación entre casa/caserío, geografía/geometría, peso/pesado, calvo/calvicie, huevo/ovario, pueblo/población. Esto hace parte de su repertorio semántico y sintáctico, sin que el hablante oyente sepa dar razón precisa del cómo y por qué es capaz de esta habilidad; –el hablante oyente no es consciente de este saber, diría Chomsky–.

Igualmente, en el marco de esta competencia, se halla el sentido musical del lenguaje, por ejemplo, que el nombre Miguel Ángel no podría invertirse por Ángel Miguel o Juan Carlos por Carlos Juan. Es decir, en cada usuario de la lengua existe una intuición –abstracta o la-tente– de la estética de la fonología o de la musicalidad del lenguaje.

Habilidad para manejar los aspectos colingüísticos

Una de las críticas a Chomsky de socio lingüistas como Hymes es la no inclusión en sus análisis de los códigos gestuales (kinesis), posturales (proxemia), pragmática y otras formas de la comunicación paralingüística. La misma crítica cabe para la escritura de la historia y para escritura en general. El cine, el teatro y en ocasiones la música son capaces de dar cuenta de estos lenguajes que virtualmente pueden convertirse en testimonios. (Maldonado, 2006)

Hoy, luego de los aportes post-chomskyanos, se sabe de la complejidad de la comunicación y del valor de los actos lingüísticos en los cuales la lengua no es el único código que entra en juego. La complejidad y difícil interpretación de los mismos se aumenta cuando se contrastan las diferentes culturas puesto que entre las distintas lenguas hay diferencias sustantivas. Señala Wigdorky que, por ejemplo *al conversar, los hispanos usamos más las manos que los angloparlantes, y los italianos las usan más que nosotros. Como consecuencia de esto, los latinos solemos aparecer como demasiado expresivos a los angloparlantes y éstos, como indiferentes para nosotros.* En el caso colombiano, al interior de las mismas regiones, ocurre algo parecido entre los nativos del

Caribe y los nativos de la Zona Andina. Usualmente, los del interior usamos un volumen bajo al conversar, mientras que los costeños, por lo general, un volumen más alto. Es decir, *el volumen de habla cambia incluso de geolecto en geolecto, al interior de una misma lengua*.

Generalmente el volumen de la voz se asocia con la proxemia. Los usuarios de una lengua manejan perfectamente la distancia que pueden guardar con sus interlocutores. Así los colombianos, además del castellano, sabemos perfectamente cuándo y a quiénes podemos saludar con una palmada en la espalda, a quien abrazar o a quien “tutear”. Esto significa que la competencia lingüística también incluye estos códigos: parte de los códigos colingüísticos son los diversos símbolos culturales.

En ocasiones, los textos escritos pueden dar cuenta de esta habilidad, pero los géneros que mejor dan cuenta de ella son el cine, la fotografía, la pintura y, en ocasiones la música. A lo largo del seminario esta afirmación fue evidente.

Considero que con estos siete ejemplos de cómo opera la *lengua oral* abre una compuerta para el análisis de los relatos, para la construcción de los mismos; y especialmente para observar desde otra perspectiva los testimonios y los archivos.

Volvamos a Ricoeur quien propone que luego de abordar el testimonio, como en el terreno jurídico, se pase a la prueba documental. Para Ricoeur el hecho es el acontecimiento interpretado: el hecho no es el acontecimiento, sino el contenido de un enunciado textual. Así los hechos, los documentos y los interrogantes que se hagan sobre los hechos son interdependientes y una vez en circulación constituyen el conocimiento historiográfico. Para seguir el juego de las analogías podríamos señalar que el acontecimiento o hecho es al testimonio como la memoria es al texto o enunciado. Así, un texto coherente constituye la verdad de la historia. Además, podríamos afirmar; quizás sin mucho riesgo, que los *hechos* son, ante todo lenguaje.

En la denominada tercera fase de la operación historiográfica o representación (*Ibid.*, p. 307-360), Ricoeur nos acerca al ejercicio literario sobre el cual se aguza la reflexión y se observa que las fases son inseparables de las fases documental y explicativa.

En esta fase, el escritor, el historiador y *el artista* vuelven a juntarse y a compartir su principal herramienta de trabajo, es decir, el lenguaje: los archivos históricos, la interpretación, tiempo y narración; lenguaje, en esencia. Ricoeur insiste en observar que la operación historiográfica se mueve en el plano argumental y a diferencia el discurso narrativo del explicativo (explicación/compreensión) en su empeño se ampara de nuevo en la coherencia textual y en dar razones para ahondar las diferencias entre la literatura e historia. De una parte, le apuesta a Dilthey o Pascal para defender el nexo causal y racional o refuta a Roland Barthes y a Hayden White. Emerge de nuevo el carácter retórico del discurso histórico y la idea de representación sobre los cuales no insistiré.

De los métodos y técnicas eurocentristas a las prácticas locales

Ya advertí que mi intención no es dar señales para desbaratar uno de los postulados de Ricoeur, pues eso haría inocua mi labor. Sus puntos de vista, sus *tecnologías de escritor* y filósofo responden a su esencia erudita y europea de la cual me nutro y reconforto. Mi propósito es observar los puntos de acercamiento entre las disciplinas como la literatura y la historia, la lingüística y la sociología para legitimar sus nexos no sus rupturas. Sin embargo, me parece indispensable señalar que Ricoeur, Todorov, Halwachs o Foucault escriben desde sus experiencias y desde su holocausto; nosotros tenemos los nuestros los cuales configuran nuestras esencias, para bien o para mal. Quiero ahora dirigirme a ciertas reflexiones de escritores con los cuales mi racionalidad y emotividad encuentran mayor acople. Para avanzar en

este ejercicio y no dejar una zanja insuperable con los planteamientos de Ricoeur, acudo ahora al colombiano Héctor Abad Faciolince:

La retórica es la denigrada. Se la confunde con el discurso magniloquente y vacío, con la decadencia de la palabra; se la esgrime en oposición a la verdad, como sinónimo de mentira o de perorata adornada, pero sin contenido real. La retórica, en cambio, es nuestra herramienta fundamental e ineludible de todos los días (...) La retórica es el arte de la eficacia verbal, sea cual sea el fin que persigamos: estético, persuasivo, activo... No consiste, entiéndase en estratagemas para engañar a los otros. Es la posibilidad para sacar adelante lo que creemos mejor, más conveniente, más hermoso. Pero la retórica puede usarse para cualquier fin, bueno o malo, por lo que es, moralmente neutro. (*Palabras sueltas*, 2002, p. 203 y 204)

De acuerdo con Abad, en la esencia y el sentido de la retórica se destaca cómo los usuarios de la lengua van apropiándose de roles y juegos sin haber pasado por la escuela. En lo que a este texto concierne, lo capital es observar cómo estos aprendizajes son de la sociedad, de los roles, de los grupos y, en consecuencia, son difíciles de atrapar, así sea en testimonios que luego constituyen la memoria. Reitero, las competencias señaladas son patrimonio de los hablantes, pero los mejores exponentes de ellas son los escritores, (pero también los poetas, los cineastas, los pintores, los músicos) y con ellas, es posible crear testimonios, recuperar la memoria y herir el olvido.

En Colombia hay laboriosos relatos, ejercicios de escritura que ubico en la retórica, pero que dada su naturaleza no caben en los *Anales*. En honor a lo expuesto a lo largo de este breve ensayo, los siento más cómodos en el relato; son magníficos ejemplos de cómo esta suerte literaria puede dar cuenta de nuestra memoria que se resiste al olvido de los archivos oficiales. Me refiero a los relatos de escritores como Nicolás Buenaventura, Germán Castro Caicedo, Antonio Caballero, el recientemente fallecido Arturo Alape y por supuesto Alfredo Molano; cito sólo cinco de ellos, a riesgo de excluir otros tantos. A su modo logran captar pedazos de Colombia; quizás no sea riesgoso situarlos en productores de nuestra microhistoria, talvez

sean los imprescindibles narradores de la otra historia. Sospecho que poco les debe importar en donde se les sitúe, de lo que estoy seguro es que sus obras son un magnífico fármaco contra el olvido y que han logrado capturar la memoria de los otros. Además, estoy seguro que le han puesto voz a quienes otros se la han silenciado.

La recordada poetisa María Mercedes Carranza, en la introducción a una serie de relatos recogidos en una obra de Molano titulada *Así mismo*, hace la siguiente observación:

Alfredo Molano (...) ha tenido que inventarse su propia forma de trabajar y de narrar, mediante una técnica que participa de varios oficios y disciplinas. Sociólogo de profesión, es también un escritor y periodista notable, que se interesa además por la historia reciente. Su acierto ha sido servirse de esas cuatro vocaciones para crear un género novedoso y muy personal (Molano, A., *Así mismo*, p. 9).

La ruta que traza Molano muestra el salto de quien abandonó la academia para hacer de su teoría una práctica vivencial. No me cabe duda de que a Molano no le son ajenos Todorov o Ricoeur; pero, como lo señala Mercedes Carranza, ha sabido construir sus propias técnicas para mostrar la otra cara de Colombia.

Cerremos con un bello ejercicio testimonial de Jorge Luis Borges, a quien con seguridad tampoco le hubiera interesado estar en el listado de los historiadores académicos:

2 Reyes, 1, 27. Dicen (lo cual es improbable) que la historia fue referida por Eduardo, el menor de los Nelson, en el velorio de Cristián, el mayor, que falleció de muerte natural, hacia mil ochocientos noventa y tantos, en el partido de Morón. Lo cierto es que alguien lo oyó de alguien, en el curso de esa larga noche perdida entre mate y mate, y la repitió a Santiago Dabove, por quien lo supe. Años después, volvieron a contármela en Turdera, donde había acontecido. La segunda versión, algo más prolija, confirmaba en suma la de Santiago, con las pequeñas variaciones y divergencias que son del caso. La escribo ahora porque en ella se cifra, si no me engaño, un breve y trágico cristal de la índole de los orilleros antiguos. Lo haré con probidad, pero ya preveo que

cederé a la tentación literaria de acentuar o agregar algún pormenor (La intrusa, en: *El informe de Brodie. Historia universal de la infamia*, 1976, p. 15).

Referencias bibliográficas

- ABAD FACIOLINCE, Héctor. *Palabras sueltas*, Áncora, 2002.
- BORGES, Jorge Luis. *El informe de Brodie. Historia universal de la infamia*. Buenos Aires: Emecé, 1976.
- _____. *Arte poética*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2001.
- FOUCAULT, Michel. *La arqueología del saber*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1978.
- HALBWACHS, Maurice. La memoria colectiva. En: *Revista de Occidente*, N.º 100, Ejemplar dedicado a la memoria. España: La Rioja, (1989). p. 63-81.
- LEÓN-GÓMEZ, Jaime Bernal. *Tres momentos estelares en lingüística*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1984.
- MALDONADO GARCÍA, Miguel Ángel. *Las competencias, su método y su genealogía. Didáctica del trabajo*, Bogotá: Ecoe, 2006.
- MOLANO, Alfredo. *Así mismo*. Bogotá: El Signo, 1978.
- RICOEUR, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*, México: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- TODOROV, Tzvetan. *Los abusos de la memoria*, 2000.
- VAN DIJK, Teun. *Las funciones del discurso*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1998.

Recibido: abril 2008
Arbitrado: abril 2008